

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Argán, solo en su aposento, donde, sentado a una mesa, revisa las cuentas que le envía su boticario. Comprueba sus cálculos con ayuda de fichas de juego, y mientras computa monologa.

ARGAN.- Tres y dos, cinco, y cinco, diez, y diez, veinte. Tres y dos cinco. (Leyendo.) "Día 24: una lavativa insinuativa, preparativa y emoliente para humedecer y refrescar los intestinos del señor..." Este Fleurant, mi boticario, me agrada por la corte-sía con que redacta sus notas: "Los intestinos del señor, treinta sueldos." Vamos, señor Fleurant: no basta ser cortés; hay, además, que no arruinar a los enfermos. ¡Treinta sueldos una lavativa! Soy muy servidor vuestro, pero ya os dije que no. En las demás ocasiones me las habéis puesto a veinte sueldos, y veinte sueldos en lenguaje de boticario son diez sueldos. Helos aquí. "Item más el mismo día; un buen clíster detergente compuesto de diacatolicón superior, con ruibarbo, miel rosada y otros ingredientes según receta, para lavar, limpiar y purgar el bajo vientre del señor, treinta sueldos." Serán diez sueldos, con vuestro permiso. "Item más, el mismo día: un jarabe hepático, soporífero y somnífero preparado para hacer dormir al señor, treinta y cinco sueldos." De esto no me quejo, porque me hizo dormir bien. Por lo tanto apartemos diez, quince, dieciséis, diecisiete sueldos y seis dineros. "Día 25: una buena medicina purgativa y tonificante, compuesta de casia fresca, hojas de sen levantino y otros ingredientes, según la receta del doctor Purgón, para expulsar y evacuar la bilis del señor, cuatro libras." ¡Hola, señor Fleurant, no os burléis! Pensad que habéis de vivir de los enfermos. El doctor Purgón no os prescribió que pusieseis cuatro francos. Sean tres libras, si os place. Apartemos, pues, treinta sueldos. "Item más, el mismo día: una poción analgésica y astringente para calmar al señor, treinta sueldos." Bien, quince sueldos. "Día 26: un clíster carminativo para suprimir los eructos del señor, treinta sueldos." Diez sueldos, señor Fleurant. "Item --

más, el mismo clíster repetido a la noche, treinta sueldos." Señor Fleurant, diez sueldos. "Día 27: una buena medicina compuesta para apresurar la expulsión de los humores perniciosos -- del señor, tres libras." Bien: treinta sueldos; me alegro de -- que seáis razonable. "Día 28: una dosis de suero clarificado y endulzado para suavizar, mitigar y refrescar la sangre del señor, veinte sueldos." Bueno, diez sueldos. "Item más, una poción -- cordial y preventiva, cucharada con doce granos de bezoar, jara-be de limón y granada y otros ingredientes, según receta, cinco libras." ¡Ah, señor Fleurant, teneos, teneos! Si así cobráis -- no habrá quien quiera ponerse enfermo. Contentaos con cuatro -- francos. Por tanto, cuarenta sueldos. Tres y dos, cinco, y cin-co, diez, y diez, veinte. La suma total es sesenta y tres li-bras, cuatro sueldos y tres dineros. Así, este mes he tomado -- una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho medicinas; y -- una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, -- once y doce lavativas. En cambio el otro mes fueron doce medica-mentos y veinte lavativas. No me extraña, en consecuencia, andar este mes peor que el otro. Se lo diré al doctor Purgón, pa-rra que lo remedie. Ea, que se me quite esto de delante. Pero -- no, no hay nadie. ¡Ya puedo ordenar lo que quiera, que no hay -- modo de que ninguno en la casa esté nunca aquí! Todos me dejan solo. (Empuña una campanilla.) No me oyen jamás y mi campani-lla hace suficiente ruido. ¡Tilín, tilín, tilín! Nada. ¡Tilín, tilín, tilín! Están sordos. ¡Toñeta! ¡Tilín, tilín, tilín! -- Como si no tocase. ¡Perra, bribona! ¡Tilín, tilín, tilín! (De-ja de tocar y sigue llamando a voces). ¡Tilín, tilín, tilín! -- ¡Oh! ¡Tilín tilín tilín, puerca del demonio! ¿Es posible que -- se deje así solo a un pobre enfermo? ¡Tilín, tilín, tilín! ¡Cuán lamentable es esto! ¡Tilín, tilín, tilín! ¡Ay, Dios mío, van a dejarme morir abandonado! ¡Tilín, tilín, tilín!

ESCENA II

ARGAN, TOÑETA

Toñeta (entrando).- ¡Voy!
 Argán.- ¡Ah perra! ¡Ah, perdida!
 Toñeta (fingiendo haberse lastimado).- ¡Diantre con vuestra impaciencia! Tanta prisa dais, que me he golpeado la cabeza contra el pico de una contraventana.
 Argán (encolerizado).- ¡Ah traidora!
 Toñeta (quejándose para impedirle protestar).- ¡Ay!
 Argán.- Hace...
 Toñeta.- ¡Ay!
 Argán.- Hace una hora...
 Toñeta.- ¡Ay!
 Argán.- Me has dejado...
 Toñeta.- ¡Ay!
 Argán.- Calla, pícaro; ¿no ves que te reprendo?
 Toñeta.- A fe que está bueno eso después de lo que me he hecho.
 Argán.- Me haces desgañitarme, puerca.
 Toñeta.- Y vos me habéis hecho romperme la cabeza. Váyase lo uno por lo otro.
 Argán.- ¿Cómo, bellaca?
 Toñeta.- Si me reprendéis lloraré.
 Argán.- ¡Dejarme, traidora...!
 Toñeta.- ¡Ay!
 Argán.- ¿Pretendes perra...?
 Toñeta.- ¡Ay!
 Argán.- ¿Será posible que no tenga ni el placer de reñirla?
 Toñeta.- Reñid cuanto queráis.
 Argán.- Me lo impides con tus quejas.
 Toñeta.- Si queréis tener el placer de reñirme, yo quiero tener el placer de llorar. No es mucho pedir. A cada uno lo suyo.
 ¡Ay!
 Argán.- Bien: habré de pasar por esto. Quítame estas cosas de aquí, bribona. (Se levanta.) ¿Ha obrado bien mi lavativa de hoy?

Toñeta.- ¿Vuestra lavativa?

Argán.- Sí, ¿He expulsado bastante bilis?

Toñeta.- Yo no me mezclo en esas cosas. Al señor Fleurant le corresponde meter ahí la nariz, puesto que es quien saca partido de ello.

Argán.- Tened agua hirviendo para la próxima lavativa, que debo tomar dentro de poco.

Toñeta.- Ese señor Fleurant y ese señor Purgón sacan buen provecho de vuestro cuerpo. Buena vaca de leche sois para ellos, y me gustaría preguntarles cuál es vuestro mal, que tantos remedios exige.

Argán.- Callad, ignorante; que no os corresponde a vos intervenir en las prescripciones de la medicina. Llama a mi hija Angélica, que debo hablarla.

Toñeta.- Ha adivinado vuestro pensamiento, porque ahí viene.

ESCENA III

Los mismos y ANGÉLICA

Argán.- Acercáos, Angélica. A propósito venís, pues quiero hablaros.

Angélica.- Dispuesta estoy a oíros.

Argán (corriendo hacia fuera).- Dadme el bastón y esperad, que necesito... Vuelvo en seguida.

Toñeta (burlona).- Acabad pronto, señor, acabad pronto. ¡El trabajo que nos da ese señor Fleurant!

ESCENA IV

Angélica, Toñeta

Angélica (Hablando a la sirvienta con confianza y mostrando un talante muy lánguido).- ¡Toñeta!

Toñeta.- ¿Qué?

Angélica.- Mírame.

Toñeta.- Ya os miro.

Angélica.- ¡Toñeta!

Toñeta.- ¿Qué?

Angélica.- ¿No adivinas de qué quiero hablarte?

Toñeta.- ¡Cualquiera lo duda! De vuestro joven galán. Seis días ha que nuestras pláticas sólo se ocupan en él, y nunca os sentís tranquila si no habláis de lo mismo a toda hora.

Angélica.- Si lo sabes, ¿por qué no eres tú la primera en empezar este discurso, quitándome a mí el trabajo de hacerlo?.

Toñeta.- No me dais tiempo, y tan de continuo os referís a eso que no me permitís anticiparme.

Angélica.- Es verdad que no me canso de hablar de él y que mi corazón aprovecha todos los momentos de hacerte confianza. Pero dime: ¿condenas tú los sentimientos que tengo por mi enamorado?

Toñeta.- Me libraré bien.

Angélica.- ¿Hago mal abandonándome a estas dulces impresiones?

Toñeta.- No digo eso.

Angélica.- ¿Quisieras que fuese insensible a las tiernas seguridades que de su pasión ardiente me da?

Toñeta.- No lo permita Dios.

Angélica.- ¿No hallas, como yo, un efecto celestial y del destino en nuestro inopinado conocimiento?.

Toñeta.- Sí

Angélica.- ¿No encuentras que el tomar mi defensa sin conocerme fue acto de hombre de pro?

Toñeta.- Sí

Angélica.- ¿Y que no pudo hacerlo más generosamente?

Toñeta.- De acuerdo.

Angélica.- ¿Y verdad que lo efectuó con infinita gracia?

Toñeta.- ¡Oh, sí!

Angélica.- ¿No te parece que es mozo de buen talle?

Toñeta.- Sin duda.

Angélica.- ¿Y que en sus discursos y acciones hay gran nobleza?

Toñeta.- De cierto.

Angélica.- ¿Que no es posible oír cosas más apasionadas que las que me dice?.

Toñeta.- Es verdad.

Angélica.- ¿Y que es tristísimo que el rigor con que se me mantiene impida toda expansión de ese mutuo ardor que el cielo nos inspira?

Toñeta.- Tenéis razón.

Angélica.- Pero, ¿crees, Toñeta, que me ama como me dice?

Toñeta.- Esas cosas están sujetas a debate. Los fingimientos de amor se parecen mucho a la verdad y yo he hallado en ello grandes comediantes.

Angélica.- ¿Qué dices, Toñeta? Dado cómo me habla, ¿podría engañarme?

Toñeta.- En todo caso pronto lo veréis, ya que os escribió ayer que pensaba pedir os en matrimonio. Esa será buena prueba.

Angélica.- Si me engaña, Toñeta, nunca más creeré a hombre alguno.

Toñeta.- Ahí vuelve vuestro padre.

ESCENA V

Argán, Angélica, Toñeta

Argán (sentándose).- Hija, quiero daros una noticia que quizá no esperéis: me han pedido vuestra mano. ¡Ah! ¿Reís? Ya sé que hablar de casamiento es placentero para las muchachas. ¡Oh, natura, natura! Según veo, hija, no necesito preguntaros si os deseáis casar.

Angélica.- Haré, padre, cuanto os complazca mandarme.

Argán.- Celebro tener una hija tan obediente. Por tanto, sabed que el trato es cosa hecha y que he concedido vuestra mano.

Angélica.- Mi obligación, padre, es seguir ciegamente vuestra voluntad.

Argán.- Mi mujer, y madrastra vuestra, deseaba haceros entrar en un convento, y vuestra hermana Luisita también. Ha mucho que insiste en eso.

Toñeta (aparte).- ¡Sus razones tiene, la bellaca!

Argán.- No quería, pues, consentir en vuestro matrimonio, pero me he impuesto y he dado mi palabra.

Angélica.- ¡Cuánto os agradezco vuestras bondades, padre!

Toñeta.- En verdad, señor, habéis obrado bien; y ésta es la acción más discreta que os he visto en vuestra vida.

Argán.- Aún no conozco a tu futuro, pero me han dicho que nos contentará a ti y a mí.

Angélica.- Seguramente, padre.

Argán.- ¿Acaso lo conoces?

Angélica.- Puesto que vuestro consentimiento me autoriza a franquearos mi corazón, no negaré que el azar me hizo conocerle hace seis días, y que la petición que os ha formulado es efecto de la inclinación que desde que nos vimos experimentamos ambos.

Argán.- No me lo habían dicho así, pero me alegro y vale más que las cosas ocurran de ese modo. Afirmanme que es un mancebo de buen talante.

Angélica.- Sí, padre' mío.

Argán.- De aventajada talla.

Angélica.- Sin duda.

Argán.- De agradable persona.

Angélica.- Cierto.

Argán.- De atractiva fisonomía.

Angélica.- Muy atractiva.

Argán.- Discreto y bien nacido.

Angélica.- En absoluto.

Argán.- Muy honrado.

Angélica.- Honradísimo.

Argán.- Y habla bien el latín y griego.

Angélica.- Eso no lo sé.

Argán.- Y recibirá el título de médico dentro de tres días.

Angélica.- ¿De médico, padre?

Argán.- Sí. ¿No te lo dijo?

Angélica.- No, en verdad. ¿Quién os lo dijo a vos?

Argán.- El señor Purgón.

Angélica.- ¿Le conoce el señor Purgón?

Argán.- ¿Cómo no va a conocerle si es su sobrino carnal?

Angélica.- ¿Es Cleanto sobrino del señor Purgón?

Argán.- ¿Cleanto? Estamos hablando del que te ha pedido en matrimonio.

Argélica.- Ese digo.

Argán.- Pues es sobrino del doctor Purgón, el cual es cuñado del doctor Diafoirus, y tu pretendiente, hijo de Diafoirus, se llama Tomás y no Cleanto. Esta mañana el señor Purgón, el señor Fleurant y yo hemos acordado vuestro matrimonio y mañana vendrán mi futuro yerno y su padre. Más, ¿qué os pasa? Parecéis atónita.

Argélica.- Es, padre, que advierto que vos habláis de una persona y yo de otra.

Toñeta.- ¡Hola, señor! ¿Tan chusco designio se os ha ocurrido? -- ¿Casar a vuestra hija con un médico, teniendo la mucha hacienda que tenéis?

Argán.- Sí, desvergonzada entrometida, que intervienes en lo que no te compete.

Toñeta.- Calmaos, por Dios; siempre empezáis por las invectivas. ¿No podemos discurrir sin incomodarnos? Hablemos con serenidad. ¿Qué razón tenéis para tal casamiento?.

Argán.- La razón de que, estando tan enfermo como estoy, me convienen un yerno y unos parientes médicos, a fin de gozar de buen socorro en mis dolencias, de tener en mi familia la fuente de los remedios que me son necesarios, y de hallarme en igual caso respecto a consultas y recetas.

Toñeta.- Eso es dar una razón; y hallo grato discutir con esta -- placidez. Pero poneos la conciencia en la mano, señor, y decidme: ¿acaso estáis enfermo?

Argán.- ¡Y cómo si estoy enfermo, insolente bellaca!

Toñeta.- Bien, señor, no discutamos. Estáis enfermo, enfermo, y -- más de lo que pensáis. Pero quien se casa es vuestra hija, y como no está enferma no necesita médico.

Argán.- Le doy ese médico pensando en mí, y como buena hija se sentirá satisfecha de casar con quien sea útil a la salud de su padre.

Toñeta.- ¿Queréis, señor, que os dé un consejo de amiga?

Argán.- ¿Qué consejo es ése?

Toñeta.- Que no renséis en tal matrimonio.

Argán.- ¿Por qué?

Toñeta.- Porque vuestra hija no consentirá.

Argán.- ¿Que no consentirá?

Toñeta.- No.

Argán.- ¿Mi hija?

Toñeta.- Vuestra hija. Os dirá que nada quiere tener que ver con el señor Diafoirus, ni con su hijo Tomás Diafoirus, ni con todos los Diafoirus del mundo.

Argán.- Aparte lo que dije, el partido es ventajoso. El señor Diafoirus no tiene más heredero que ese hijo, y como el señor Purgón carece de hijos y mujer, cede toda su fortuna en favor del matrimonio, y has de saber que el doctor Purgón posee sus buenas ocho mil libras de renta.

Toñeta.- A mucha gente debe haber matado, para ser tan rico.

Argán.- Ocho mil libras de renta son algo, sin contar la hacienda del padre del novio.

Toñeta.- Todo eso está bien, señor, pero yo insisto en mi consejo de que no convirtáis a vuestra hija en señora Diafoirus.

Argán.- Pues yo quiero que sea así.

Toñeta.- ¡No digáis eso!

Argán.- ¿Cómo que no lo diga?

Toñeta.- No.

Argán.- ¿Por qué no?

Toñeta.- Porque se dirá que habláis sin pensar lo que decís.

Argán.- Digan lo que quisieren, que yo aseguro que cumpliré la palabra dada.

Toñeta.- Vuestra hija no querrá.

Argán.- Querrá o la recluiré en un convento.

Toñeta.- ¿Vos?

Argán.- Yo

Toñeta.- ¡Bueno!

Argán.- ¿Qué significa ese "ibueno!"?

Toñeta.- Que no la recluiréis en un convento.
 Argán.- ¿Que no la recluiré?
 Toñeta.- No.
 Argán.- ¿No?
 Toñeta.- No.
 Argán.- ¡Pardiez que esto es jocoso! ¿No llevaré mi hija a un convento, si quiero?
 Toñeta.- No.
 Argán.- ¿Quién me lo impedirá?
 Toñeta.- Vos mismo.
 Argán.- ¿Yo?
 Toñeta.- Sí, porque no tendréis corazón para hacerlo.
 Argán.- Lo tendré
 Toñeta.- ¡Palabras!
 Argán.- No son palabras.
 Toñeta.- La ternura paternal os lo impedirá.
 Argán.- No me lo impedirá.
 Toñeta.- Un par de lagrimitas, un abrazo, un "papaíto lindo" pronunciado con dulzura, bastarán para conmoveiros.
 Argán.- Todo eso no servirá de nada.
 Toñeta.- Sí, sí.
 Argán.- Os digo que no.
 Toñeta.- ¡Fruslerías!
 Argán.- Nada de eso.
 Toñeta.- Os conozco y sé que sois bueno por naturaleza.
 Argán (airado).- No soy bueno sino malo cuando se me antoja.
 Toñeta.- Calmaos, señor, y acordaos que estáis enfermo.
 Argán.- Ordeno absolutamente a mi hija que se disponga a tomar el marido que le destino.
 Toñeta.- Pues yo se lo prohíbo en absoluto.
 Argán.- ¿Qué es esto? ¿Osa una pfcara de sirvienta hablar de - tal modo a su señor?
 Toñeta.- Cuando el señor no sabe lo que dice, corresponde a la sirvienta corregir sus yerros.
 Argán.- (corriendo tras Toñeta). ¡Ah, insolente! ¡Voy a matarte!
 Toñeta (huyendo).- Mi deber es oponerme a las cosas que puedan deshonoraros.
 (Argán la persigue, bastón en mano. Ella le burla co--

riendo alrededor de la silla, siempre en sentido contrario al que sigue Argán.)
 Argán.- ¡Ven, ven, que vas a aprender a expresarte!
 Toñeta.- Me intereso, como debo, en privaros de hacer locuras.
 Argán.- ¡Perra!
 Toñeta.- Nunca consentiré en ese matrimonio.
 Argán.- ¡Descarada!
 Toñeta.- No quiero que Angélica se case con Tomás Diafoirus.
 Argán.- ¡Puerca!
 Toñeta.- Y me obedecerá más que a vos.
 Argán.- Angélica, sujétame a esa bribona.
 Angélica.- Cuidad de que el ajetreo no os perjudique, padre.
 Argán.- Si no me la sujetas, te maldeciré.
 Toñeta.- Y yo la desheredaré si os obedece.
 Argán (dejándose caer en la silla, rendido).- ¡Ah, ah, ah! No puedo más. Voy a morir.

ESCENA VI

Los mismos y BELINA

Argán.- Acercaos, esposa.
 Belina.- ¿Qué tenéis, pobre amigo mío?
 Argán.- Socorredme.
 Belina.- ¿Qué os pasa, hijito?
 Argán.- ¡Amiga mía!
 Belina.- ¡Amigo mío!
 Argán.- Me han hecho encolerizarme.
 Belina.- ¡Pobre maridito! ¿Y por qué?
 Argán.- Esa bribona de vuestra Toñeta se ha insolentado más que nunca.
 Belina.- No os irritéis.
 Argán.- Me ha enfurecido, amiga mía.
 Belina.- Tranquilizaos, hijo.
 Argán.- Me ha rebatido durante una hora las cosas que quiero -- hacer.
 Belina.- Vamos, vamos, calmaos.
 Argán.- Y ha tenido el descaro de decirme que no estoy enfermo.

Belina.- Es una impertinente.

Argán.- Ya sabéis, corazón mío, si es verdad o no que estoy enfermo.

Belina.- Sí corazón mío, y ella se engaña.

Argán.- Amor mío, esa pícara va a matarme.

Belina.- ¡Bah, bah!

Argán.- Cuanta bilis tengo se la debo a ella.

Belina.- No os incomodéis tanto.

Argán.- Hace no sé cuanto que os dije que la despidierais.

Belina.- ¡Por Dios, hijo mío! No hay criados ni criadas que no tengan defectos. A veces hay que tolerar sus malas cualidades pensando en las buenas. Toñeta es hábil, diligente, cuidadosa y sobre todo fiel, y vos sabéis que ahora es preciso andar muy despiertos con los sirvientes que se toman.

¡Hola, Toñeta!

Toñeta.- ¿Señora?

Belina.- ¿Por qué encolerizáis a mi marido?

Toñeta (melosa).- ¿Yo, señora? ¡Si no pienso más que en complacer al señor en cuanto me manda!

Argán.- ¡Ah, embustera!

Toñeta.- Nos ha dicho que quería casar a su hija con el hijo -- del señor Diafoirus y le he respondido que el partido me parecía ventajoso para ella, pero que valía más llevarla a un convento.

Belina.- No hay en eso nada malo y Toñeta tiene razón.

Argán.- ¿La creéis, amor mío? Es una malvada que me ha dicho -- cien insolencias.

Belina.- Us creo, amigo mío. Sosegaos. Toñeta, si volvéis a enojarse a mi marido, os pondré en la calle. Ea, dadme su -- capa de piel y sus almohadas para que le acomode en su sillón. Ya estáis. Meteos bien el gorro hasta las orejas, porque ningún catarro es peor que el que por los oídos -- se contrae.

Argán.- ¡Ah, amiga mía, y cuán obligado os estoy a los cuidados que por mí os tomáis!

Belina (colocando las almohadas).- Levantaos un poco, para que os ponga ésta debajo. Esta otra para apoyaros por este -- lado, y aquésta para apoyaros por éste. Y ésta más a la espalda, y ésta para que reclinéis la cabeza.

Toñeta (poniendo rudamente una almohada sobre la cabeza de su -- señor, y huyendo).- Y ésta para que os libréis del relente

Argán (levantándose airado y arrojando las almohadas a Toñeta) --
¿Quieres ahogarme, perdida?

Belina.- ¡Vamos, vamos! ¿Qué os pasa?

Argán (dejándose caer sin aliento en el sillón).- ¡Ah, ah! No puedo más.

Belina.- ¿Por qué os enfurecéis? Ella lo ha hecho por vuestro bien.

Argán.- No conocéis, amor mío, la malicia de esa truhana. ¡Oh! Me ha puesto fuera de mí y necesitaré más de ocho medicamentos y doce lavativas para recobrar-me.

Belina.- Ea, ea, amigo mío, apaciguaos.

Argán.- Vos sois todo mi consuelo, amiga mía.

Belina.- ¡Pobre hijito!

Argán.- Para agradeceros el amor que me dedicáis quiero, como -- os dije, hacer mi testamento.

Belina.- No hablemos de eso, amigo mío, os lo ruego. No puedo sufrir esa idea, y sólo oír mencionar vuestro testamento me estremece dolorosamente.

Argán.- Os dije que hablaseis de ello a vuestro notario.

Belina.- Ahí está; lo he traído conmigo.

Argán.- Hacedle entrar, amor mío.

Belina.- ¡Ah, amigo mío! Cuando se ama a un esposo nunca se -- piensa en eso.

ESCENA VII

EL NOTARIO, BELINA, ARGAN

Argán.- Acercaos, señor Buenafé, acercaos. Sentaos si gustáis. Mi mujer, señor, me ha dicho que erias hombre honrado y amigo suyo, y la he encargado que os hablase de un testamento que deseo hacer.

Belina.- Yo no soy capaz de hablar de estas cosas.

Notario.- Vuestra esposa, señor, me ha explicado vuestras intenciones y el designio que tenéis en pro de ella; pero he de deciros ante todo que nada podéis legar a vuestra mujer en el testamento.

Argán.- ¿Por qué?

Notario.- Porque el uso consuetudinario lo rechaza. Si estuvierais en país de derecho escrito, os cabría, pero en París y en los más de los países donde rige el uso consuetudinario, eso no cabe hacerlo y la disposición sería nula. Cuantas ventajas pueden hacerse los casados son dones mutuos mientras viven, y aún así es menester que no haya hijos, sean de uno de los cónyuges o de los dos, cuando el primero de los consortes fallece.

Argán.- Impertinente uso es el que prohíbe a un esposo dejar nada a una mujer que le cuida y ama con ternura. Habré de consultar a un abogado para ver lo que cabe hacer.

Notario.- A los abogados no conviene ir, porque ordinariamente son severos e imaginan que es gran crimen disponer de los bienes propios defraudando la ley. Los juzgo gente dificultosa e ignara de las sutilezas de conciencia. -- Otras personas hay a quienes cabe consultar, por ser -- más acomodaticias y poseer expedientes para eludir a -- calladas la ley y tornar justo lo no permitido. Quienes os digo saben allanar los obstáculos de un negocio y -- hallar medios de evadirse al uso consuetudinario mediante algún sistema indirecto. Si no, ¿qué sería de los notarios? En las cosas hemos de ser complacientes, pues, si no, no haríamos nada, ni daría yo un sueldo por nuestro oficio.

Argán.- Me ha dicho con razón mi mujer, señor, que sois hombre sagaz y honrado. ¿Cómo puedo legarle mis bienes y privar de ellos a mis hijas?

Notario.- ¿Cómo podéis? Pues escogiendo un amigo íntimo de vuestra esposa al que leguéis cuanto os sea dable. Luego él se lo entregará todo a ella. Además, podéis contraer gran número de obligaciones, no sospechosas, en beneficio de diversos deudores que consientan en encubrir con su nombre el de vuestra mujer, en manos de la cual pondrán declaración de que lo que han hecho ha sido sólo en su servicio. También os es viable, mientras viváis, entregar a vuestra esposa todo el dinero contante que os sea posible, y efectos pagaderos al portador.

Belina.- ¡Por Dios! No os atormentéis con esto, hijo mío. Si vos faltáis, para nada quiero continuar en el mundo.

Argán.- ¡Amiga mía!

Belina.- Sí, amigo mío: si tan desgraciada soy que os pierdo...

Argán.- ¡Querida esposa!

Belina.- Para nada desearé seguir viviendo.

Argán.- ¡Amor mío!

Belina.- Y seguiré vuestros pasos para haceros conocer mi ternura por vos.

Argán.- Me desgarráis el corazón, amiga mía. Consolaos, os lo ruego.

Notario.- Inoportunas son esas lágrimas, pues que el caso no ha llegado todavía.

Belina.- No sabéis, señor, lo que es un marido tiernamente amado.

Argán.- ¡Cuánto deploraré, si muero, amiga mía, no tener un hijo vuestro! El señor Purgón me había prometido que me haría engendraros uno.

Notario.- Y aún puede eso ocurrir.

Argán.- Otorgaremos el testamento, amor mío, como dice el señor. Pero, por precaución, quiero entregaros veinte mil francos en oro que escondo en los zócalos de mi alcoba, y dos efectos pagaderos al portador que poseo contra los señores Damón y Geranto.

Belina.- No quiero nada de eso. ¡Ah! ¿Cuánto decís que hay en vuestra alcoba?

Argán.- Veinte mil francos.

Belina.- No me habléis de dinero, os lo ruego.. ¿De cuánto son los efectos?

Argán.- Uno de cuatro mil francos y otro de seis mil.

Belina.- Todos los bienes del mundo, amigo mío, no valen para mí lo que vos.

Notario.- ¿Extendemos el testamento?

Argán.- Sí, pero para ello estaremos mejor en mi despachito privado. Llevadme allá, amor mío, os lo suplico.

Belina.- Venid, pobre hijito.

ESCENA VIII

ANGÉLICA, TOÑETA.

Toñeta.- Ha venido con un notario y la he oído hablar no sé qué de testamento. Vuestra madrastra no se duerme y sin duda pre para contra vuestros bienes alguna conjura.

Angélica.- Que disponga de mis bienes a su capricho siempre que me deje disponer de mi croazón. Ya has visto, Toñeta, cuán violentos designios se hacen contra mí. Te ruego que no me abandones en la extremidad en que me veo.

Toñeta.- ¿Abandonaros yo? ¡Antes la muerte! Por mucho que vuestra madrastra quiera hacerme confidente suya y atraerme a sus intereses, nunca he tenido inclinación por ella y he sido siempre de vuestro partido. Dejadme hacer; emplearé cuanto pueda en vuestro servicio, pero, para ayudaros más eficazmente, voy a cambiar mis baterías, a encubrir mi afecto por vos y a fingir compartir los sentimientos de vuestro padre y vuestra madrastra.

Angélica.- Te ruego que procures avisar a Cleanto de la asechanza que me tienden.

Toñeta.- No tengo para eso otro a quien pueda emplear que Polichinela, un viejo usurero enamorado mío, al que convenceré con unas palabras dulces que no dejaré de decirle, en servicio vuestro. Pero hoy es muy tarde; mañana, pues, muy temprano, le haré buscar y él quedaría encantado de...

Angélica.- ¡Toñeta!

Toñeta.- Me llaman. Buenas noches. Confiad en mí.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

TOÑETA, CLEANTO

Toñeta.- ¿Qué queréis, señor?

Cleanto.- ¿Qué he de querer?

Toñeta.- ¡Ah, sois vos! ¡Qué sorpresa! ¿Y a qué venís?

Cleanto.- A hablar a la amable Angélica, a saber mi destino, a consultar los sentimientos de su corazón y a preguntar le cuáles son sus resoluciones sobre ese fatal matrimonio de que se me ha informado.

Toñeta.- No es tan sencillo hablar a Angélica, sino que ello resulta harto más intrincado. Ya os hemos dicho la estrechez con que se la guarda, sin dejarla salir ni hablar a nadie. A no ser por la curiosidad de una tía anciana, que nos hizo obtener permiso para ver la comedia que sabéis, nunca hubiera tenido lugar de nacer vuestra pasión. Y nos hemos librado muy bien de hablar de tal aventura.

Cleanto.- No vengo aquí como tal Cleanto, ni como enamorado, sino so capa de ser amigo del profesor de música de Angélica, el cual me ha autorizado a decir que le substituyo.

Toñeta.- Ahí veo a mi señor. Retiraos un tanto y dejad que os anuncie.

ESCENA II

Los mismos y ARGÁN

Argán.- El doctor Purgón me ha prescrito que pasee por la mañana, yendo de un lado a otro doce veces y volviendo otras tantas, pero he olvidado preguntarle si debo pasear a la -- largo o a la ancha.

Toñeta.- Señor, aquí está un...

Argán.- Habla bajo, necia, que me trastornas el cerebro con tus voces. No ha de interpelarse así a los enfermos.